

Tierras de ningún lugar. Utopía y cine

SANTOS, Antonio
Cátedra, Madrid, 2017



El ser humano es un animal maldito. Desde su nacimiento tiene que cargar sobre sus hombros con el peso de la alargada sombra de la muerte. Saberte débil, indefenso y abandonado, por Dios, por los dioses, o lo que es peor, por nadie, en un entorno natural hostil. Obligado a sobrevivir mediante la transformación de la tierra y la dominación de otras especies, consciente de que sus semejantes –su imagen reflejada en el espejo– son lobos acechantes, la única escapatoria posible de la consciencia es la locura: ese espacio limítrofe,

entre el sueño de la razón y la vigilia de la emoción. Entonces es cuando aparece una alternativa, un espejismo en su peregrinar por el desierto. La ardiente arena se termina y una espumosa ola refresca sus doloridos pies. Ante sus ojos la inmensidad del mar despliega todo su poder. El hombre intenta saciar su interminable sed, pero es incapaz de tragar el primer sorbo. Su maldición vuelve a salir a su encuentro: su cuerpo, que necesita el agua para vivir, no está preparado biológicamente para digerir un recurso que cubre dos tercios del territorio del planeta. La madre Tierra no quiere a su hijo, que arrodillado llora sin consuelo, mientras el salitre se acumula petrificando su cuerpo desnudo: una cáscara vacía sin alma. Cuando hasta las lágrimas se agotan, este ser perdido levanta la cabeza y acepta su incierto destino. Se lanza al angosto mar con la esperanza de llegar a una isla refugio, esa Tierra de ningún lugar: Utopía.

En una sociedad que ha perdido la fe en proyectos políticos y religiosos, el último refugio del ser humano es Utopía, esa *Tierra de ningún lugar*. El ser humano es un animal maldito, un utopista.

¡Oh, capitán!, ¡mi capitán! Escribía Walt Whitman, el poeta de la mayor de las utopías: la democracia. Para surcar los archipiélagos donde del mar emergen las *Tierras de ningún lugar*, necesitamos que nuestra nao tenga el mejor de los gobiernos. Antonio Santos Aparicio, uno de los especialistas en cine japonés más respetados de nuestro país, doctor en Historia del Arte, profesor del Departamento de Educación de la Universidad de Cantabria y miembro docente de la Cátedra de Historia y Estética de la Cinematografía de la Universidad de Valladolid, es el capitán del poema. La editorial Cátedra, su galeón. Nosotros, meros grumetes inquietos de corazón. De hecho, el comienzo de su libro coincide con nuestras primeras millas en este viaje hacia ultramar.

En este ensayo, Antonio Santos abandona el enfoque monográfico de sus trabajos anteriores, publicados dentro de la colección Signo e Imagen/Cineastas de la editorial Cátedra, dedicados a grandes maestros del séptimo arte

nipón, como la prestigiosa publicación sobre Kenji Mizoguchi (editada en 2005 y reeditada en 2012) o su tesis doctoral, publicada en 2012, sobre Yasujiro Ozu, uno de los directores mundiales más importantes, e injustamente desconocido entre el gran público, de todos los tiempos. Arropado por una editorial de reconocido prestigio y rigor académico, Antonio Santos se atreve a mirar la historia del arte del cine de forma transversal, perdiendo la profundidad de campo propia de la monografía, en favor de un mayor ángulo de visión temático: las utopías y sus múltiples representaciones fílmicas. Las nuevas historias del arte exigen nuevos enfoques multidisciplinares, cambios de paradigmas. Así, del análisis de las relaciones que se establecen entre los nodos que conforman una red cultural aflorarán conocimientos desconocidos incluso sin necesidad de formular preguntas.

Con esta determinación, Antonio Santos comienza su ensayo con un necesario repaso, para el lector, de las utopías literarias: desde la propuesta por el filósofo Platón en su *República* hasta la obra en la que el humanista, político y teólogo inglés Tomás Moro, condenado a muerte por su oposición frente al Acta de Supremacía y también al divorcio de su rey Enrique VIII y Catalina de Aragón, acuñó el término en 1516. Con ello consigue que el lector se haga una composición de lugar con respecto al tema y al mismo tiempo establece un límite, a menudo muy difuso, que separa las utopías de su reverso tenebroso: las distopías son, no nos engañemos, mucho más interesantes. Porque dentro de toda utopía reside el germen de su destrucción: quizás porque la supresión de la libertad individual y el inmovilismo son un precio demasiado alto. O tal vez porque la Segunda Ley de la Termodinámica propone que en un sistema aislado sin ninguna interferencia exterior se da un incremento del caos (entropía), haciendo que el sistema sea insostenible. Pues, cierto es que la materialización de un sueño no puede suprimir las ansias de seguir soñando ni contradecir las leyes de la física. Quizás por eso, aunque a menudo, en algunos de los ejemplos tratados, transite e incluso cruce esta linde autoimpuesta, Santos las deja para una segunda parte que complementa y completa este ensayo, y que estará dedicada a las distopías.

Una vez que la nave de Antonio Santos ha abandonado el puerto, su viaje se estructura en capítulos donde primero define de manera teórica una de las distintas tipolo-

gías de utopías, para después abordar el análisis de varias producciones audiovisuales, no pocas veces adaptaciones literarias, que cumplen una labor pedagógica. Por ello, ante esta impronta didáctica tan marcada, el lector puede tener la impresión de que se encuentra ante un libro con cine, no de cine, pero su título es toda una declaración de intenciones. Santos no engaña a nadie, ni lo pretende, todo lo contrario. Afronta el séptimo arte desde nuevas perspectivas necesarias, asumiendo el riesgo, apostando por la novedad y huyendo de la comodidad de planteamientos que solo recorren caminos ya transitados. Por eso su selección de películas es tan libre, tan ecléctica, porque está al servicio del lector, un fin mayor que el de ocupar una posición en una determinada lista fruto de la erudición de un *consejo de sabios*, supuestos custodios de la fórmula alquímica capaz de determinar, de manera inequívoca, la calidad de las obras de arte, pero que no son más que meros aprendices de magos de Oz.

Aunque agradecemos la osadía y la vocación pedagógica de Antonio Santos, y su magisterio en el arte de encadenar palabras, que domina con precisión quirúrgica, si bien en casi todos los capítulos el viento sopla a favor y el lector navega por sus páginas con fluidez, en determinados capítulos el mar queda en calma, quizás porque su temática contagia a su estructura haciéndola repetitiva y rígida. Entonces el lector siente que su viaje no avanza, que está cautivo dentro de una utopía educativa gobernada por uno de los muchos patriarcas presentes en las treinta y seis películas analizadas.

Pero también puede ocurrir que en un análisis tan completo como el que nos propone el profesor sobre las *Tierras de ningún lugar* cada lector tenga sus utopías preferidas, o que, como el único nexo que relaciona unas producciones fílmicas con otras es su temática, puede que los intereses fílmicos personales de cada lector condicionen la fluidez de su lectura. Tal vez, algún lector caiga en la tentación de saltarse algún capítulo. Debemos aclarar que este libro puede ser disfrutado de principio a fin, como si de una novela se tratase, pero también como libro de consulta, un estado de la cuestión sobre el tema, que por su carácter enciclopédico resulta imprescindible en nuestras bibliotecas. Pues en este ensayo se analiza todo el amplio espectro que conforma el universo fílmico sobre las utopías. Partiendo de la utopía como género literario, todas sus variantes tienen su espacio en este libro, unas más que otras, todo sea dicho:

desde la colonización mesiánica y evangelizadora del Nuevo Mundo mediante las reducciones –como la jesuítica de *La misión* (1986)– a las urbes hospitalarias –como en *Horizontes perdidos* (1937)–, pasando por los intentos edénicos de evocación de los Paraísos Perdidos personales –como los *fordianos* de *El hombre tranquilo* (1952) o de *La taberna del irlandés* (1963)– o los de naturaleza mítica, bíblica, legendaria, onírica o más allá de la muerte –como la arcádica *El romance de Astrea y Celadón* (2007), la extraña *La costa de los mosquitos* (1986), las oníricas *Los sueños* (1990) o *Más allá de los sueños* (1998), o la fantasía fabril *Charlie y la fábrica de chocolate* (2005)–, también las ínsulas extrañas o las *gulliverianas* flotantes –como *La playa* (2000) o *El castillo en el cielo* (1986)–, sin olvidar ni las realistas –*La Comuna (París 1871)* (2000) o *La Cecilia* (1975)–, ni las políticas socialistas o marxistas –*Falansterul* (1979) o *La línea general* (1929), ni tampoco las de sociedades refractarias –*Pleasantville* (1998), *El show de Truman* (1998), *El bosque* (2004) o *Único testigo* (1985)– o las siempre fascinantes *hiperrealidades* Disney, las ludotopías –*Tommorrowland: El mundo del mañana* (2015), *Pinocho* (1940), *Almas de metal* (1973), *Parque Jurásico*

(1993)–, terminando con las utopías educativas –*Un lugar en el mundo* (1992) y *El milagro de Candeal* (2004)–.

En definitiva, nadie encadena, ni trabaja, ni modela con palabras una forma capaz de dar cobijo a uno o diversos significados con la intención de no ser leído. No existe obra sin espectador, ni libro sin lector. Todo escritor lanza su texto al mar dentro de una botella, con la esperanza de que la marea lo conduzca a esa *Tierra de ningún lugar*. Utopía es el paraíso nómada al que aspira el escritor; esa ínsula soñada, donde habita el lector. Y Antonio Santos conoce bien el camino de ida, pero también el de vuelta: este ensayo da buena muestra de ello. Porque las utopías son sueños improbables pero alcanzables, imposibilidades posibles. *Las Tierras de ningún lugar* son lo fingido verdadero, irrealidades tangibles, como el arte. El ser humano es un animal maldito, pero que como Martin Luther King tiene un sueño: un mundo mejor.

¡Wakanda, por siempre!

Miguel Ángel Rivas Romero
Universidad de Málaga